

SOR CRISTINA

CUENTO



El amplio caserón en donde había sido instalado el hospital, en la sombría placidez, bajo la tenue claridad que se expandía suavemente por la enfermería, sor Cristina, repasando las cuentas de su rosario, paseaba vaporosamente, de un extremo a otro del salón, por entre las dos hileras de camas de hierro.

Algunos enfermos dormían, otros gemían, muchos, inquietos, tenían los ojos abiertos, espasmódicos... De vez en cuando, un susurro, una súplica, una blasfemia; y enseguida la hermana acudía, inclinándose sobre la cama, consolaba al curado, le daba ánimos. Y proseguía la vigilancia, tranquila, insomne, resignada.

Era una madrugada tormentosa, glacial; llovía torrencialmente, la claridad de los relámpagos rasgaba las nubes compactas, el trueno repercutía lejano e intermitente...

De pronto, sobreponiéndose al rumor del temporal, percibióse el sonido de la bocina estridente de la Asistencia. El automóvil fué aproximándose y se detuvo frente al edificio.

En la escalera del hospital, apagados por el camino de linóleo, oyéronse pasos. Subían, subían. Y, poco después, seguidos por el médico de guardia, entraron en la enfermería dos hombres de blusas blancas que sostenían una camilla de mano.

—¡Hermana, una cama!

—¡Aquí, doctor!

La cama estaba situada junto a uno de los extremos del salón, frente a la ventana, y en ella los enfermeros depositaron a un hombre, que respiraba fatigosamente, desvanecido.

—¿Está mal? —susurró la monja, tapándole cuidadosamente.

—Herido gravemente. Una puñalada en la clavícula, que ha interesado un vaso importante.

—¡Pobrecillo!

—Lo hemos recogido así en una casa de

juego... El criminal ha huído. Según parece se había negado a pagar lo que había perdido, y el ganador, indignado, lo ha herido... ¡Destino de jugador!...

El médico, aunque locuaz, necesitaba volver a su puesto de la Asistencia. Hizo algunas recomendaciones a la monja y se marchó.

Sor Cristina, cuando hubo visto al nuevo hospitalizado perfectamente instalado en el lecho, fué a sentarse en una silla, junto a la vetana, y se puso a rezar.

Quiso rezar, porque en su mente vibraba todavía la frase que el doctor pronunciara: «¡Destino de jugador!»

¡Destino de jugador!...

¡Dura verdad! Destino que casi siempre

causaba la desdicha del propio jugador y de los que le rodeaban... Ella misma había sido una víctima. Hoy, al servicio de Dios, estaba resignada. Sin embargo, ¡cuánto había padecido! Su cara joven, todavía bella, hablaba claramente de aquellas amarguras; a los veintinueve años estaba surcada de arrugas. Y si se hubiera quitado de la cabeza su cofia mongil, habrían podido verse muchos cabellos blancos, muchos, muchos...

A los veintitrés años, llena de lozanía y de encantos, tenía un novio a quien adoraba. Un novio socialmente considerado,

joven, apuesto, e inteligente, hijo de buena familia. ¡Qué radioso presentábase el futuro para la enamorada pareja! Los padres de ella hallábanse orgullosos con aquel noviazgo y la joven vivía en un constante arrobamiento... Pero, de repente, la catástrofe. Un hermano de ella, mozo de carácter completamente opuesto al suyo, dado a las malas compañías, rebelde a los consejos y ejemplos del hogar paterno, para jugar robó en la casa de comercio en donde trabajaba, y huyó. Los diarios dieron la noticia... Estalló el escándalo... El noviazgo se deshizo...

¡Después, cuántas otras desgracias! El padre, víctima de una congestión; la madre que lo siguió a la tumba dos años más tarde, aniquilada por la tristeza y la vergüenza... El hermano sin aparecer, sin duda



CURIOSIDADES CASTELLANAS

Ex el reinado de Sisenando, se efectuó en Toledo el Concilio IV.

Retrete, en la Edad Media, era la habitación por lo general más lujosa y alhajada, donde sólo se recibía a los íntimos.

En Alarcos, lugar cercano a Ciudad-Real, perdió Alfonso VI en 1192, la célebre batalla contra los moros y en ella perecieron veinticinco mil cristianos.

Los antiguos heraldos eran reyes de armas de la nobleza y entendían en la ciencia del blasón.

El «Tizón de la Nobleza de España» fué un memorial presentado a Felipe II en 1560 por el cardenal obispo de Burgos D. Francisco Mendoza Bobadilla.

Los «torneos» eran fiestas públicas, en que los caballeros armados luchaban a caballo, unas veces con lanzas y otras con cañas.

Los Reyes Católicos dieron en 1477 una pragmática a favor del «Arte de imprimir libros».

Don Juan I de Castilla, fundó por los años 1385 la Orden de la Razón, destinada a premiar las bellas acciones de los hidalgos.

La Casa de Campo, de Madrid, mide una circunferencia de trece kilómetros.

En el siglo XIV, los hombres que no usaban capuchón se cubrían la cabeza con pequeños sombreros planos, capillas o capelinas de seda o satén.

En las Huelgas de Burgos se conserva el pendón cogido a los moros en la batalla de las Navas de Tolosa.

La corona de Fernando III de Castilla, es la que ostenta la Virgen de los Reyes en Sevilla.

Las doblas antiguas tenían el mismo valor, peso y ley que el maravedí de oro, de Alfonso el Sabio.

hundiéndose cada vez más en el fango de la mala vida, probablemente muerto...

Y ella, por último, desamparada, mirada con cierto escarnio por la gente de la ciudad, pidió amparo dulce al Señor, haciéndose su sierva.

¡Destino de jugador!

Amanecía... La lluvia había cesado y el día tenía promesa de sol con su cielo azul, completamente despojado. Por la calle pasaban los primeros obreros, corrían los primeros tranvías, renacía el trabajo...

Poco a poco, la sala de la enfermería iba bañándose también de luz matinal.

El herido gimió.

Ella presurosa, se le acercó.

—¿Tiene usted sed?

De nuevo inmóvil, el hombre no le dió respuesta.

Sin embargo, los ojos de la monja, entre sorprendidos e inciertos, no se apartaban del rostro del moribundo. Inclinóse, lo miró bien, lo miró casi bebiendo su débil aliento... ¿Sería posible? ¡Tan cambiado, tan envejecido! ¡Con sólo veinticinco años! No quería creerlo; sin embargo, aquella nariz recta, aquella frente, el color de aquellos ojos... Su cuerpo temblaba, sor Cristina sentíase desfallecer. La duda le mordía en el corazón. Y se acordó, entonces, de una señal particular que le daría la certidumbre. Levantó la manga de la camisa del herido y examinó ligeramente el antebrazo. Allí estaba la cicatriz que el tenía desde niño... Era su hermano.

La muerte se acentuaba ya en el semblante del herido; nariz afilada, coloración de cera, arrebol en las orejas..., síntomas harto conocidos por la monja. Pocas horas más, muy pocas, y todo habría terminado para él, aquí en la tierra.

Sor Cristina, insensiblemente, se arrodilló para orar. Y su boca virgen besó la mano extendida y fría del agonizante, la mano que había destrozado su suerte, su amor, su radioso porvenir, pero que era la misma mano que ella había conducido, cariñosamente, años atrás, guiando los primeros pasos de su compañero de la infancia, en un inolvidable gesto fraternal.

«Destino de jugador», había dicho, indiferente, el médico. «Destino de su hermana», tartamudeaba, dolorosa, la monja.

Y lloraba por no poder darle un poco de su vida.

Mario SETTE.